



UN LUGAR
EN EL QUE NUNCA
HE ESTADO

ROSIE ALISON

ROSIE ALISON

Un lugar en el que
nunca he estado

Traducción de
Toni Hill

Grijalbo | **Narrativa**

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Titulo original: *The Very Thought of You*

Primera edición: mayo, 2011

© 2009, Rosie Alison

© 2011, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Toni Hill Gumbao, por la traducción

Somewhere I have never travelled, gladly beyond

© 1931, 1959, 1991, Herederos de E. E. Cummings.

© 1979, George James Firmage de *Complete Poems* (1904-1962)

by E. E. Cummings, editado por George J. Firmage. Con el permiso de Liveright Publishing Corporation.

The Very Thought of You, letra y música de Ray Noble

© 1934 Campbell Connelly & Co Ltd. Todos los derechos reservados. Redwood Music Ltd (Carlin) London NW1 8DB para la Commonwealth of Nations, Irlanda, Sudáfrica y España.

Oh, Lady Be Good, letra y música de George Gershwin

© 1924 (renovado), WB Music Corp. (ASCAP)

The Way You Look Tonight, letra de Dorothy Fields, música de

Jerome Kern © 1936, T.B. Harms & Company Incorporated, USA. Shapiro Bernstein & Company Limited / Universal Music Publishing Limited. Utilizado con el permiso de Music Sales Limited. DR.

© 2006 Bartleby Editores S. L., Madrid. «Último fragmento» incluido en el libro *Todos nosotros*, traducción de Jaime Priede.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-4412-1

Depósito legal: NA-953-2011

Compuesto en Comptex & Ass., S. L.

Impreso y encuadernado en Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GR 44121

Para mi hija Lucy

*¿Y conseguiste lo que
querías en esta vida?
Lo conseguí.
¿Y qué querías?
Considerarme amado, sentirme
amado sobre la tierra.*

RAYMOND CARVER,
«Último fragmento»

Prólogo

Mayo, 1964

Queridísima mía:

De las muchas personas con las que nos cruzamos a lo largo de nuestra vida, es extraño que tantos de nosotros nos encontremos ligados a una de ellas en particular. Una vez hemos visto esa cara, se apodera de nuestro corazón una angustia involuntaria que no tiene remedio. Todas las maravillas del mundo toman forma en esa persona, y a partir de ahí ya no hay salvación, porque esa clase de amor no termina, o cuando menos no hasta la muerte...

Extracto de la
Guía de las mansiones históricas de Inglaterra,
de Baxter (2007)

Cualquier viajero de camino hacia el norte desde York debe cruzar una zona llana de tierras de labranza antes de iniciar el empinado ascenso que lleva a la ancha planicie de los páramos de North Yorkshire. Se trata de uno de los paisajes más espectaculares y bellos de Inglaterra: una extensión de tierras ondulantes que parece fundirse con el horizonte antes de hundirse hacia los voluptuosos valles arbolados.

En esos parajes, remotos y vacíos, apenas se distinguen unas cuantas ovejas silenciosas y algún camino a medio señalar. Son tierras vírgenes que se nos muestran en todo su variado esplendor. En febrero son un lugar yermo y lunar que nos invita a la introspección. En cambio, a finales de agosto, esas tierras florecen, encendiendo una neblina purpúrea de brezos que se extiende por los páramos como si flotara en el aire. Esa viva capa de color se mezcla con los robles y los fresnos de los valles inferiores, suaves tierras de piedra caliza surcadas por arroyos y manantiales secretos.

Es un terreno sagrado, santificado por la presencia de muchos monasterios medievales ahora reducidos a pintorescas ruinas abiertas al cielo. Rievaulx, Byland, Jervaulx, Whitby, Fountains... son algunas de las abadías más conocidas de esta zona, y su presencia atestigua la promesa de fertilidad de esas tierras. Los primeros habitantes del monasterio desbrozaron los valles para poder cultivar y dejaron un mosaico de campos marcados por muchos kilómetros de muros de piedra.

Casi dos siglos más tarde, mucho después de la disolución de los monasterios, la pequeña aristocracia georgiana construyó hermosas casas en los valles que bordean los páramos. Hovingham Hall, Duncombe Park, Castle Howard, entre otras. Se talaron árboles para ganar vistas, se allanaron los terraplenes de hierba y los arroyos fueron convertidos en lagos decorativos: todo con el fin de clarificar y realzar las pautas naturales del terreno, tal y como era costumbre en el siglo XVIII.

Una de las mansiones más bellas de la zona, aunque no de las más grandes, es Ashton Park. Esta remota casa se alza al borde de los páramos, suspendida sobre el empinado valle de Rye y completamente aislada por su enorme extensión de terreno. Desde hace ya algunos años esta casa y sus jardines se hallan abiertos al público. En un rincón de la solitaria finca se encuentran las intrincadas verjas de hierro y la casa del guarda, donde se compran las entradas. Detrás, una larga avenida blanca cruza la campiña, moteada de ovejas y de algún árbol. Es un paisaje tranquilo, silencioso y en calma, que proporciona una amplia panorámica del cielo.

Al girar a la izquierda, el visitante ve por fin la gran casa: una mansión palladiana de piedra color miel provista de sendas alas curvas adosadas a ambos lados. Sobre las puertas del patio hay dos figuras de piedra sentadas sobre sus cuartos traseros, un león y un unicornio, que se miran con ferocidad el uno al otro, como si hubieran jurado guardar un secreto.

De la imponente soledad de la casa emana cierta tristeza, una sensación que se hace más intensa cuando uno entra en el inmenso y vacío Marble Hall y ve los restos de estatuas sobre los pedestales. Un cordón rojo señala el inicio del recorrido de la casa: una sucesión de estancias amuebladas como escenarios que inquietan al visitante, que se pregunta cómo una casa así puede haber quedado reducida a esta versión falsa de su pasado.

El folleto explicativo informa que, tras la muerte del último Ashton en 1979, solo quedó una prima lejana que residía en

Sudáfrica. La señora Sandra De Groot, esposa de un prominente empresario, se sintió tan abrumada por la herencia que accedió a ceder Ashton Park al National Trust a cambio de ahorrarse los derechos de sucesión. Pero antes se despojó a la casa de los campos que aún poseía y de otros objetos valiosos. Se vendieron dos cuadros de Rubens, junto con un Claude Lorraine, un Salvator Rosa y un par de Constables. Poco después sus abogados organizaron una subasta con los objetos de la casa: un sinfín de tesoros que los Ashton habían acumulado durante trescientos años, todos descritos sin la menor emoción en un inventario grapado de hojas blancas:

Dos butacones de madera dorada estilo Jorge IV; mesita de desayuno Regency de palo de rosa taraceada en bronce; centro de mesa de bronce del siglo XIX...

Los anticuarios de todo el país aún recuerdan la subasta que se celebró en Ashton Park en 1980, el canto del cisne de una casa en declive. Se dice que durante días la avenida quedó invadida de furgonetas que procedían a retirar las compras.

Al parecer, la señora De Groot conservaba cierto sentimiento familiar, ya que donó varias vitrinas al National Trust, junto con la biblioteca de la casa y muchos retratos y documentos familiares. Como curiosidad, el folleto menciona que «la exquisita colección de boquillas lacadas de la difunta Elizabeth Ashton fue enviada al Victoria and Albert Museum».

Según ese mismo folleto, Ashton Park ya había empezado su decadencia antes del expolio. Los albaceas, sin embargo, retiraron multitud de reliquias y recuerdos de familia, y en las paredes cuelgan ahora fotografías de los hijos de los Ashton en Eton y en Oxford, posando con los equipos de críquet o vestidos de uniforme. En sus semblantes se aprecia una expresión de confianza. En la planta inferior hay fotografías de los criados: el mayordomo y el personal a su cargo posando frente a la escalera

principal, con esas miradas atónitas características de los primeros retratos.

Pasadas la Sala Matutina y la Sala de Billares, se llega a un pequeño estudio donde una vitrina exhibe los archivos de los evacuados de guerra. Según parece, en 1939 se estableció en Ashton Park un internado para evacuados, y un conmovedor álbum de fotos revela a niños de edades diversas sonriendo a la cámara, vestidos con pantalón corto y falda gris; cartas manuscritas, enviadas en años posteriores, narran los momentos felices y tristes de su estancia allí.

En el último pasillo hay una sola fotografía, un elegante retrato de boda del último Ashton, fechado en 1929. Thomas Ashton es uno de esos hombres de antes de la guerra —apuesto, inescrutable, con el pelo echado hacia atrás—, mientras que su esposa, Elizabeth, es una belleza de la época cuyos rasgos recuerdan a los de Vivien Leigh. En sus rostros no se advierte la menor intuición de las pérdidas que les deparará el futuro, nada entonces les hacía presagiar que su casa acabaría convertida en un museo.

Durante las vacaciones y los días festivos, Ashton Park atrae a un gran número de visitantes. Una tienda instalada en la finca vende mermelada y otras baratijas, y los jardines ofrecen hermosos rincones donde comer, senderos para pasear y dudosos desfiles medievales en el campo sur. Y, sin embargo, los visitantes abandonan Ashton Park con cierto mal sabor de boca, porque de algún modo el lugar ha perdido su espíritu.

Dicha decepción no puede achacarse al estado de conservación de la finca. El techo está intacto; el césped de los jardines, esmeradamente cortado, y las aguas del lago son tan límpidas que casi no parecen naturales. Pero las oscuras ventanas son como ojos en blanco, miradas hechizadas. Más allá de las zonas que se visitan hay pasillos cerrados, y cuartos que se usan como almacén para potes de pintura y oxidadas escaleras plegables. La pequeña capilla de la familia aún se conserva, pero apenas reci-

be a nadie: queda demasiado alejada para incluirse en la visita guiada.

Quizá ese aire de tristeza deba atribuirse a la ausencia de familia. Al parecer, a principios del siglo pasado había tres hijos y una hija, pero ninguno de ellos tuvo descendencia. ¿Qué sucesión de desdichas acabó con esta antaño próspera familia? El folleto no aporta detalles sobre el final del linaje Ashton, pero cualquier visitante curioso no puede evitar preguntarse sobre ello.

A pesar de todo esto, a pesar de los carteles y cubos de basura, uno aún puede situarse en el jardín e imaginar cómo debió de ser aquella casa en los buenos tiempos. Puede imaginarse a otros, en épocas pasadas, disfrutando de la vista incomparable de aquel paisaje inglés en un día soleado.

Existe un árbol que atrae notablemente la atención, una imponente haya roja que se alza solitaria cerca del jardín de rosas. Fue en el banco que hay a la sombra de este árbol, ya fuera del horario de visitas, donde el personal encontró hace poco a una anciana señora que parecía haberse sentado a admirar el paisaje. Al acercarse a ella descubrieron que estaba muerta. Su semblante era plácido, y sus manos sujetaban una desvaída carta de amor.

Evacuación

1939

Londres, 31 de agosto de 1939

El sol de la tarde lanzaba sus últimos rayos cuando Anna Sands y su madre, Roberta, se apearon del autobús en Kensington High Street. A Anna, la amplia calle se le antojó un parpadeo constante de múltiples colores: montones de transeúntes caminaban por ella cargados con bolsas. Más allá del gentío distinguió la sucesión de tiendas, escaparates que exhibían todo tipo de objetos: latas llenas de caramelos de café con leche, cuencos rebosantes de bolitas de menta, rollos de cinta; sombreros, abrigos y guantes procedentes de todos los rincones del Imperio.

Madre e hija caminaban por la acera; Anna movía los brazos, siempre un paso por delante, pero no paraba de cruzar por delante de su madre, como si en cualquier momento fuera a dar media vuelta y a cogerla de la mano. Y es que, al día siguiente a primera hora, ella y miles de niños más serían evacuados de Londres. «Por si los alemanes nos bombardean desde el aire», le había dicho su madre en tono decidido, como si fuera algo rutinario por lo que todas las familias tenían que pasar.

«En cuanto termine todo esto, volverás a casa», le había explicado. A Anna le apetecía pasar una temporada en el campo, o al menos esa era la impresión que daba cuando le preguntaban. Debían hacer varias compras para el viaje, pero la partida

inminente de Anna se cernía sobre ellas, dotando a cada momento de una intimidad especial.

La desazón de Roberta y el nerviosismo de Anna se fundieron en una alegría mutua: pasearon por la zona de máquinas recreativas solo por el placer de hacerlo antes de llegar a Pontings, la famosa tienda de telas, con sus columnas aflautadas y sus galerías de acero blanco.

Era la tienda favorita de Anna, una cueva de Aladino repleta de paños vistosos, rollos de seda y retales adamascados. En la planta baja, más allá de las boas de plumas, escogió un pañuelo blanco estampado con violetas.

—Gracias —dijo, y dio un beso a su madre.

Mientras Roberta se ponía en la cola para pagar, Anna levantó la vista hacia el atrio brillante, donde las vidrieras de flores transformaban la luz del sol en rayos de colores. Anna paseó los ojos por la tienda, por las resmas de lazos y las cestas de relucientes botones: de latón, de plata, de madreperla. Se concentró en la luz, y el ruido de la tienda fue amortiguándose al tiempo que ella se sumía en una especie de ensueño, hasta casi olvidarse de dónde estaba.

—Coge tú la bolsa, cariño —dijo su madre, devolviéndola a la realidad.

Anna reaccionó al instante y salió la primera de la tienda, ya en pos de la siguiente compra. En Woolworth adquirieron una cajita de cartón y unas etiquetas para las maletas de Anna; luego cruzaron la calle y se encaminaron hacia la zapatería.

En Barkers compraron unos relucientes zapatos de color marrón con cordones. Despedían un intenso olor a nuevo. A Anna le recordaron a su padre, de uniforme y con sus grandes botas negras. Ella y su madre lo habían visto partir hacía un mes, justo después del octavo cumpleaños de Anna. Él la había hecho girar en el aire cuando ella saltó a sus brazos para despedirse. A veces él le enviaba cartas con dibujos graciosos que describían las maniobras del ejército. La verdad era que ella no es-

taba muy preocupada por él, porque todos sabían que la mayoría de los tanques de Hitler estaban hechos de cartón.

—Gran Bretaña tiene el mayor imperio del mundo, así que la guerra no durará mucho —anunció a la señora con gafas que la ayudaba a probarse los zapatos.

Madre e hija salieron de nuevo a la calle. Había llegado el momento de que Anna viera cumplido su deseo: tomarse un pijama. Lo había visto en las películas estadounidenses, niños sentados ante unas copas altas llenas de helado y trozos de fruta, y era su sueño.

Roberta avanzó entre el esplendor *art-déco* de los grandes almacenes Derry y Tom, sobre aquellas alfombras de un azul intenso que susurraban a su paso, hasta que ambas llegaron a los ascensores y entraron en la fresca cabina de cobre y níquel.

—Quinta planta, damas y caballeros, el mundialmente famoso Jardín Superior —recitó el mozo en tono vivaz.

Los jardines se habían inaugurado con mucho revuelo el año anterior, pero ellas no habían ido nunca: era demasiado caro.

Pero como ese día era especial, salieron a la luz crepuscular que teñía los tejados de Kensington. Ante ellas se extendían unos parterres de flores que colmaron todas sus expectativas. Había un jardín español, provisto de una torre de terracota estilo morisco y rebosante de buganvillas. Más lejos, tras caminar por un serpenteante sendero, llegaron a un jardín acuático con nenúfares y alguna carpa dorada. Unos pasos más las llevaron a cruzar bajo unos delicados arcos isabelinos por los que ascendían las rosas.

Llegaron a la cafetería, con mesas ya puestas bajo sombrillas de rayas y una fuente que tintineaba cerca. De la gran carta, Anna escogió los sabores con cuidado: vainilla y chocolate, baño de nata, cerezas y nueces. Para alivio de su madre, no pareció decepcionada cuando le sirvieron aquella torre de helado.

Una orquestina tocaba conocidas melodías en el patio, sofocando cualquier ruido que pudiera subir desde la calle. La irrea-

lidad del lugar y el momento particular en que realizaban esa visita solo sirvieron para aumentar el placer de su mutua compañía.

—Antes de hoy, ¿te habías sentado alguna vez en una terraza tan cerca del cielo? —preguntó Anna.

—No —dijo su madre, riendo—, ni querría hacerlo sin que estuvieras conmigo.

—Cuando regrese a casa, ¿podremos volver aquí?

—Claro que sí, cielo.

—¿Papá también?

—Por supuesto —dijo Roberta, y cogió la mano de su hija.

Más tarde, cuando se hubo terminado el helado y las tazas de té estaban vacías, exploraron todos los rincones del jardín. Luego, encantadas, salieron a la calle.

No fue hasta que llegaron a la puerta principal de los grandes almacenes cuando Anna admitió que había una sombra que le empañaba el día: no tenía traje de baño.

Anna había visto imágenes de la evacuación en los noticieros, y en todas aparecían niños que viajaban hacia el oeste, hacia la costa, a Devon y Cornualles. Ella ansiaba unirse a ellos, pero temía que con todo lo que habían gastado ya, pedir un bañador fuera demasiado.

—Pero, si no tengo, ¿cómo voy a nadar?

Roberta se detuvo al oír la apasionada pregunta de su hija y comprendió al instante que debía mantener intacta esa tarde, sin estropearla en lo más mínimo. Regresaron pues hacia los ascensores y subieron al departamento de ropa deportiva. Con desgana, Roberta pagó dos chelines por un bañador a rayas y vio cómo se iluminaba la carita de su hija. Era más de lo que pretendía gastar, pero redondeaba el día a la perfección. Luego, satisfechas, se encaminaron hacia la estación de metro.

Anna se adelantó y Roberta se regodeó en la visión de su hija: era una niña lista y avispada, de semblante despejado y sonrisa fácil. La leve separación entre los dos dientes frontales le daba un aire de traviesa sinceridad.

Bajaron hacia la estación, Anna siempre delante. Un tren se paró y abrió sus puertas, con el habitual trasiego de pasajeros. De repente, en el andén medio vacío, Roberta sintió una oleada de amor hacia su niña de cabellos pajizos.

—Anna... —dijo, y Anna se volvió, con los ojos brillantes y claros.

En ese instante, Roberta notó el alma de su hija en aquella mirada, un alma que se había ido forjando durante aquellos ocho años. Fue hacia su hija y la abrazó con fuerza. Por un momento, ambas oyeron los latidos de sus corazones.

—Te quiero, mi vida —dijo Roberta mientras acariciaba los cabellos de la niña.

Anna miró a su madre sin parpadear.

En los años venideros recordaría aquel día frágil, su luz impalpable, su júbilo silencioso.

Varsovia, 1 de septiembre de 1939

Sir Clifford Norton había pasado la mayor parte de la noche despierto en la embajada de Varsovia; ahora contemplaba el pálido azul de un amanecer que parecía serenamente ajeno a cualquier problema. Pensó, sin darle más importancia, que terminaba ya el último verano de la década.

El personal había estado trabajando por turnos toda la noche, todos enfrascados en frenéticas negociaciones de última hora para evitar la guerra. Las mecanógrafas no habían parado de escribir, los teléfonos habían sonado sin tregua, los mensajeros habían ido y venido, e incluso su esposa había estado allí con su máquina de escribir portátil para codificar y descifrar telegramas.

Danzig, Danzig, Danzig era la palabra que aparecía en todas las cartas, en todas las transcripciones. El puerto polaco había dejado de ser un lugar para convertirse en una cuestión de principios, reflexionaba Norton, ahora que Hitler exigía su entrega al Reich. Las negociaciones diplomáticas habían llegado a un punto muerto y la embajada estaba en estado de alerta. Pero a esas horas tan tempranas, parte del personal dormía en camas improvisadas y Norton estaba solo en su despacho, a la espera de recibir los siguientes telegramas de Londres.

Llevado por unas repentinas ansias de saborear el nuevo día,

descorrió las cortinas hasta que pudo atisbar la luz naciente, sutil, invasora, que oscurecía la que tenía encendida sobre su escritorio. Su brillo lo animó: aún podía existir un momento de felicidad espuria.

El desasosiego de las últimas semanas había sido contagioso. Varsovia había vivido inmersa en un extraño *Totentanz*, que se reflejaba en restaurantes repletos de bulliciosos comensales y hoteles abarrotados de periodistas que enviaban telegramas sin fin, esparciendo rumores. En las tiendas se habían agotado el azúcar y las velas, y los polacos habían enterrado la plata y la cristalería en parques y jardines.

Le sobresaltó el teléfono de su mesa, que sonó de repente. Las 5.45. Era el cónsul de Katowice.

—Los alemanes están aquí. Sus tanques han cruzado la frontera a las cinco de esta madrugada.

La noticia causó en Norton un impacto difuso, como si se tratara de un hecho histórico que pudiera ignorar con solo hacerse a un lado. Era un momento anunciado, y sin embargo siempre había confiado en poder evitarlo.

Norton aún no se había calzado los zapatos. El suelo parecía empujar sus pies hacia arriba, con decisión. Se sentía como si estuviera viviendo en tercera persona. Colgó el teléfono y entró en acción de manera mecánica: comunicó la noticia por cable a Londres y reorganizó a su personal.

En la embajada, la gente entraba y salía como si la escena fuera un sueño. Apenas unas horas antes habían creído poder negociar el precio de la paz, pero Hitler había hecho caso omiso a sus propuestas.

A las seis de la mañana, Norton oyó el ruido del motor de un avión y salió al balcón de la embajada. Ante sus ojos, en el cielo despejado, un bombardero alemán sobrevolaba el Vístula. Sonaron las sirenas y se oyó un estallido de fuego antiaéreo. Le sorprendió que la primera incursión sobre Varsovia se realizara tan pronto. La guerra había llegado hasta ellos.

Londres, 1 de septiembre de 1939

Anna estaba tumbada de espaldas, sumida en la quietud del sueño. Roberta se sentó en la cama y acarició el cabello de su hija hasta que esta abrió los ojos.

Ambas sonrieron, Anna le dio la mano.

Habían tenido que preparar tantas cosas para la evacuación... Ya habían recogido la nueva máscara antigás, embalada en una caja que podía llevarse colgada al hombro. La noche anterior, Roberta había hecho con esmero la maleta de Anna poniendo en ella tres mudas de ropa y los objetos de aseo personal. Y el bañador, por supuesto. Su madre también le había dado un último e inesperado regalo: un libro. En él había deslizado una carta cariñosa y una fotografía de la familia.

Roberta había guardado la comida en otra bolsa, porque no quería que Anna la perdiera al abrir la maleta. Había una lata de leche en polvo, carne de ternera en conserva, dos manzanas y una barrita de chocolate. También había una etiqueta donde constaba el nombre de Anna, su edad, y el nombre de su colegio.

—¿Tengo que colgarme la etiqueta al cuello? —preguntó Anna, sorprendida. Le parecía raro, la cuerda le rozaba la piel.

Anna ya había decidido no llevarse su osito de peluche por si alguien se reía de él. De manera que colocó a Edward sobre la almohada y se despidió de él con un beso.

—Volveré pronto —le prometió.

Roberta estaba tan nerviosa mientras daba el desayuno a su hija que no tuvo tiempo para ponerse sentimental. Pero puso cuidado en mostrarse cariñosa y disimular su impaciencia mientras se ponían los abrigos y salían de la casa de Fulham. Anna casi no tuvo tiempo de volver la mirada hacia la puerta verde, las prisas no dejaban lugar a la tristeza.

Sin embargo, mientras caminaban juntas hacia el colegio, ambas empezaron a sentir el dolor de la separación. Una separación inminente que ahora dejaba a Roberta sin aliento: pasarían varios días antes de que supiera dónde habían enviado a su hija. Horrorizada, imaginó una casa sucia y vieja.

—Acuérdate de lavarte las manos a menudo —le dijo.

Mientras andaban bajo el cielo encapotado, la guerra parecía remota e inimaginable. Roberta se preguntó cómo podía hacerle aquello a su querida hija. Quizá la guerra no los alcanzara. Quizá no sucediera. ¿De verdad los aviones alemanes volarían hasta Londres?

Después de que su marido se uniera al ejército, su primera idea había sido abandonar la ciudad con Anna. Pero no tenían familiares fuera de Londres, ni los medios para mudarse. De manera que, como tantas otras madres, había aceptado a regañadientes el plan de evacuación propuesto: todos los padres del colegio de Anna habían sido presionados para participar en él. Al principio creyó que podría ir con ella, pero luego le informaron de que solo las madres que aún daban el pecho podían permanecer junto a sus hijos. Solo era algo temporal, se repetía Roberta.

Anna, por su parte, seguía ajena a cualquier inquietud. Estaba convencida de que todos los evacuados iban a la costa, y se tomaba el asunto como si de unas vacaciones se tratara. Solo había ido una vez a la playa, en Margate, y se moría de ganas de volver a corretear por la arena mojada. Y encima tenía un traje de baño nuevo.

Tenía sed de aventuras; había leído tantos cuentos de hadas que ansiaba moverse en el mundo por su cuenta. Como Dick Whittington. La larga calle y el niño con la maletita a sus pies eran algo que le parecía natural.

Llevaba los zapatos embetunados y los calcetines limpios. Cargaba con su maleta con orgullo. No temía a la despedida, notaba la cara de su madre más cerca que su propio pulso. Ni siquiera podía imaginar la separación.

A las puertas de la escuela, un edificio victoriano de ladrillo rojo, se unieron a la inquieta multitud de madres, padres y niños que se despedían. Los críos lloraban, algunos a pleno pulmón. Las madres también sollozaban. Una oleada de tristeza inundó a Roberta, aunque ella y Anna estaban decididas a mostrar su independencia y a no hacer una escena en público. Aun así, a Roberta le flaqueó la voluntad. Buscó con la mirada a un maestro para preguntarle adónde llevaban a los niños.

—Los autobuses los llevarán a la estación de St. Pancras.

—¿Podemos acompañarlos hasta allí?

—No, lo siento —dijo él en tono de disculpa—, deben despedirse aquí.

Se produjo una larga espera y los niños se sentaron en el patio del colegio, bostezando. Roberta y Anna se mantuvieron juntas, sin decir nada, cogidas de la mano. Al rato los niños fueron distribuidos por clases mientras los maestros tachaban los nombres de las listas. Roberta se sentía orgullosa de Anna: tan guapa, tan radiante, tan limpia.

Aún podía llevarla de nuevo a casa.

De repente llegaron los autobuses, que procedían de otra escuela del West End. Antes de que Roberta tuviera oportunidad de cambiar de opinión y sacar a su hija de la fila, el grupo de Anna se vio obligado a avanzar hacia delante. Sin echar la vista atrás, Anna corrió a coger asiento. Dejó las bolsas en el suelo y se percató de que, tras tanto rato de espera, apenas se había despedido de su madre. Apretó la cara contra la ventanilla.

Ahí estaba, mirándola, con su reluciente cabello castaño y esa sonrisa que reservaba solo para ella, deseándole toda la felicidad del mundo, todo lo bueno.

—¡Adiós, mamá! —gritó Anna a través del cristal.

De repente, con los ojos puestos en su madre, se le hizo un nudo en la garganta. Notó la mirada de su madre puesta en ella hasta que el autobús se puso en movimiento: se iba, se iba, se había ido... Anna emprendía su aventura en solitario.

Se hundió en el asiento. En el autobús flotaba un olor rancio a tabaco que le provocó náuseas. El calor la adormeció; no corría mucho aire. Se sentía rara: nerviosa y suspendida en un mundo nuevo y extraño donde podía pasar cualquier cosa. Aún no echaba de menos a su madre, porque esta seguía firmemente enraizada en ella: su cara, su voz, el tacto de sus manos.

Para Roberta, sin embargo, la nostalgia fue inmediata. Regresó a pie a casa desde el colegio con la sensación de que le habían amputado algo; como una planta marchita. Los árboles del camino le parecían resacos y frágiles, y la acera, agrietada bajo sus pies. La sequía del final del verano la envolvía, las calles se le antojaban inusualmente desiertas.

¿Había hecho lo correcto?